

El afecto personal y el respeto por su escritura marcaron la relación entre Octavio y José. Amigos de juventud, críticos —cada uno a su manera— del totalitarismo, convencidos de que la palabra transforma el mundo, tuvieron vidas con pocos paralelismos. Hemos tomado del tomo tercero (ahí se incluye “Generaciones y semblanzas”) de la nueva edición de las Obras completas de Paz este par de textos, escritos con más de tres décadas de distancia

ENSAYO

Cristianismo y revolución: José Revueltas

DOS NOTAS

OCTAVIO PAZ

PRIMERA (1943)

Cuando cesó la lucha armada y principió lo que se ha dado en llamar “la etapa constructiva de la Revolución mexicana”, dos formas diversas de expresión artística, la novela y la pintura, se inclinaron con avidez hacia el pasado cercano. Los resultados de esta seducción han sido la Escuela Mexicana de Pintura y la novela de la Revolución. Durante los últimos veinte años la novela ha servido para expresar, más que las tentativas literarias de sus autores, sus nostalgias, esperanzas y desilusiones revolucionarias. Pobres de técnica, estas obras son más pintorescas que descriptivas, más costumbristas que realistas. Los novelistas de la Revolución, y entre ellos el gran talento miope de Azuela, cegados por el furor de la pólvora o por el de los diamantes de los generales, han reducido su tema a eso: muchas muertes, muchos crímenes y mentiras. Y un escenario superficial de pueblos quemados, selvas delirantes o desiertos impíos. Así han mutilado la realidad novelística —la única que cuenta para el verdadero novelista— al reducirla a una pura crónica o cuadro de costumbres. Relatos y crónicas han sido todas las novelas de la Revolución, sin excluir las de Mariano Azuela. (Valéry Larbaud decía que Martín Luis Guzmán le recordaba a Tácito; iextraño elogio para un novelista!)

La generación posterior casi no ha intentado la novela. Compuesta por un grupo de literatos, poetas y ensayistas, ha mostrado un cierto asco, cuando no desdén, por las realidades que los cercan. La novela ha sido la Cenicienta de estos escritores, formados bajo el signo de la curiosidad y la evasión. Después de ellos sí han existido tentativas aisladas: las del más reciente grupo de escritores mexicanos (Juan de la Cabada, Efrén Hernández, Rubén Salazar Mallén, Andrés Henestrosa, Rafael Solana, Francisco Tario). Casi todos ellos revelan una decidida afición por ese género difícil y estricto que es el cuento. Así como a la generación de los muralistas ha sucedido, en la pintura, un grupo de jóvenes que la benévola crítica yanqui ha llamado de los “pequeños maestros”, estos nuevos prosistas mexicanos, sucesores de los “novelistas de la Revolución”, se han distinguido, sobre todo, en la composición de pequeños cuentos y relatos. Un libro de Juan de la Cabada, *Paseo de mentiras*, reúne en sus breves páginas algunos cuentos y una novela corta que lo hacen, hasta ahora, el más interesante y enigmático de todos; una novela, *Camino de perfección*, y muy especialmente unos cuentos agrios y ásperos hacen pensar que Rubén Salazar Mallén posee también el talento necesario para dotar a México de una verdadera novela.

El más ambicioso y apasionado —el más joven, también— es José Revueltas (27 años, afiliado desde los 14 al Partido Comunista; sus ideas políticas le han valido conocer varias veces las cárceles del país, en la época del presidente Rodríguez). José Revueltas ha publicado una primera novela, *El luto humano*, que ha sido premiada en un concurso nacional. Antes había escrito algunos cuentos misteriosos y balbuceantes, una novela corta, *El quebranto*,¹ y un relato, *Los muros de agua*, en el que cuenta la vida de una colonia penal del Pacífico. (Allí estuvo preso durante dos años, cuando aún no cumplía los veinte.) La novela de Revueltas ha provocado, al mismo tiempo, los más encendidos elogios y las críticas más acerbas. Algún crítico marxista lo ha acusado de “pesimismo”; otros entusiastas, en cambio, no han vacilado en citar a Dostoievski.

El luto humano relata una dramática historia: un grupo de campesinos inicia una huelga en un “Sistema de Riego” fundado por el gobierno de la Revolución mexicana. La huelga y la ausencia de agua hacen fracasar el propósito gubernamental y se inicia el éxodo. Sólo tres familias se obstinan en permanecer en esa tierra desierta. Un día el río, seco hasta entonces, crece desmesuradamente y una inundación aísla, en una azotea, a los personajes de la novela. El alcohol, el hambre y los celos acaban con ellos. La novela principia cuando el río crece y termina en el momento en que los zopilotes se disponen a devorar a los moribundos. Todos estos acontecimientos ocurren en unos cuantos días. Pero la novela apenas alude a lo que hacen realmente los campesinos para escapar de la inundación; Revueltas prefiere decirnos qué piensan, qué recuerdan y qué sienten. Con frecuencia sustituye a sus personajes; en su lugar, nos

expone sus propias dudas, su fe y su desesperanza, sus opiniones sobre la muerte o sobre la religiosidad mexicana. La acción se interrumpe cada vez que uno de los personajes, antes de morir, hace un resumen de su vida... Una constante preocupación religiosa invade la obra: los mexicanos, piadosos por naturaleza y enamorados de la sangre, han sido despojados de su religión, sin que la católica les haya servido para satisfacer su pétrea sed de eternidad. Adán, un asesino que se cree encarnación de la Fatalidad, y Natividad, un líder asesinado, simbolizan, muy religiosamente, el pasado y el futuro de México. Entre ellos se mueven los rencorosos mexicanos actuales y sus quietas mujeres representan la tierra, sedienta de agua y de sangre, bautismo que combina, junto a los ritos de fundación agraria, el antiguo de los aztecas y el de los cristianos. En las últimas páginas el autor intenta convencerse a sí mismo —más que al lector— de que mediante un mejor aprovechamiento de los recursos naturales y una mejor distribución de la riqueza, esta religiosidad sin esperanzas, este ciego amor a la muerte, desaparecerán del alma de México. La novela, como se ve, está contaminada de sociología, religión e historia antigua y presente de México. Otro tanto ocurre con su lenguaje, a ratos brillante, a ratos extrañamente torpe.

Estos defectos condenan a la obra, pero no a su autor. Porque, extrañamente, el lector se siente contagiado por la fascinación de que es víctima el novelista. Revueltas siente una especie de asco religioso, de amor hecho de horror y repulsión, hacia México. Seguramente Revueltas no ha escrito una novela, pero, en cambio, ha hecho luz dentro de sí. Seducido por los mitos de México tanto como por sus realidades, él mismo se ha hecho parte de ese drama que intenta pintar. Dotado de talento, de fuerza imaginativa, de vigor y sensibilidad nada comunes —y devorado por los mitos de México tanto como por sus realidades, él mismo se ha hecho parte de ese drama que intenta pintar. Dotado de talento, de fuerza imaginativa, de vigor y sensibilidad nada comunes —y devorado por una prisa que no le permite, por lo visto, reparar en sus defectos—, José Revueltas puede escribir ahora una novela. Pues en esta tentativa se libra de todos sus fantasmas, de todas sus dudas y de todas sus opiniones. Como ocurre con gran parte de la pintura mexicana, que muestra un gran vigor que muchas veces queda fuera de la pintura, fuera del cuadro, Revueltas ha acumulado toda su gran potencia plástica y adivinatoria, pero sin que haya logrado aplicarla a su objeto: la novela. ¿Qué es, en resumen, lo que reprocho a Revueltas? Le reprocho —y ahora me doy cuenta— su juventud; pues todos esos defectos, esa falta de sobriedad en el lenguaje, ese deseo de decirlo todo de una vez, esa dispersión y esa pereza para cortar las alas inútiles a las palabras, a las ideas y a las situaciones, esa ausencia de disciplina —interior y exterior— no son sino defectos de juventud. De cualquier modo Revueltas es el primero que intenta entre nosotros crear una obra profunda, lejos del costumbrismo, la superficialidad y la barata psicología reinantes. De su obra no quedará, quizá, sino el aliento: ¿no es esto suficiente para un joven que apenas se inicia, y nos inicia, en la misión de crearnos un mundo imaginativo, extraña y turbadoramente personal?

SEGUNDA (1979)

Al releer la nota arriba transcrita, desenterrada por Luis Mario Schneider en un viejo *Sur*, sentí inmediatamente la necesidad de aclararla, rectificarla y prolongarla. Es la crítica de un principiante a otro principiante; además, es demasiado tajante y categórica. Mi disculpa es que esos defectos son frecuentes entre los jóvenes. Al final le reprocho a Revueltas su juventud y esa censura es perfectamente aplicable a mis opiniones de entonces. La juventud no justifica otros errores. Por ejemplo, en el primer párrafo condeno a los novelistas de la Revolución mexicana. Fue una tontería: entre ellos hay dos escritores excelentes, Martín Luis Guzmán y Mariano Azuela. Ambos fueron maestros en su arte. La prosa de Martín Luis Guzmán, nítida como la de un historiador romano, posee una suerte de transparencia clásica: su tema es terrible pero él lo dibuja con pulso tranquilo y firme. Azuela no fue “un gran talento miope”; tampoco fue torpe: fue un escritor lúcido, dueño de sus recursos y que exploró muchos caminos que después otros han recorrido. Pero cuando yo escribí mi nota sobre *El luto humano* (1943), la novela de la Revolución se había transformado de movimiento en escuela: la invención era ya receta. En este sentido no me equivoqué: la aparición de *El luto humano*, publicada unos años antes que *Al filo del agua* (1947), fue una ruptura y un comienzo. Con la novela de Revueltas, a pesar de sus imperfecciones, se inició algo que todavía no termina.

Mi análisis de *El luto humano* es demasiado rápido. Señalo con severidad excesiva las impericias del narrador y la frecuencia con que su voz suplanta a la de sus personajes. Esos defectos se deben, en parte al menos, a la dificultad y a la novedad de aquello que se proponía decir Revueltas y que, años más tarde, logró decir con mayor felicidad. El joven novelista deseaba utilizar los nuevos procedimientos de la novela norteamericana (la presencia del Faulkner de *Palmeras salvajes* es constante) para escribir una crónica, a un tiempo épica y simbólica, de un episodio que le parecía dotado de ejemplaridad revolucionaria. El propósito era contradictorio: el realismo de Faulkner (quizá todo realismo) implica una idea pesimista del hombre y de su destino terrestre; a su vez, la crónica épica de Revueltas está minada, por decirlo así, por el simbolismo religioso. Los campesinos luchan por la tierra y el agua pero el novelista quiere continuamente que esa lucha alude a otra lucha que no es enteramente de este mundo. Aunque mi nota subraya la religiosidad de Revueltas, no describe su carácter paradójico: una visión del cristianismo dentro de su ateísmo marxista. Revueltas vivió el marxismo como cristiano y por eso lo vivió, en el sentido unamunesco, como agonía, duda y negación.

Al hablar de la religiosidad del pueblo mexicano, menciono el “rencor”, palabra inexacta. Lo atribuyo a la gran catástrofe de la Conquista, que arrebató a los indios no sólo su mundo sino el otro: sus dioses y sus mitologías. Sin embargo, al abrirles con la llave del bautismo las puertas del cielo y del infierno, el catolicismo les dio paradójicamente la posibilidad de reconciliarse con su antigua religión. Tal vez Revueltas pensó que, “en un plano histórico más elevado”, el marxismo revolucionario cumpliría frente al cristianismo la misma función que éste había desempeñado ante las religiones precolombinas. Esta idea explicaría la importancia del simbolismo cristiano en la novela. Además, le fascinaron siempre las creencias y los mitos populares. Un amigo me ha contado que una vez, medio en broma y medio en serio, se le ocurrió celebrar un rito matrimonial no ante el altar de la Virgen de Guadalupe sino ante la diosa Coatlicue del Museo. Recuerdo también que la noche de la masacre de Corpus Christi de 1971, reunidos varios amigos en casa de Carlos Fuentes, mientras se discutía qué podíamos hacer, Revueltas se me acercó y con una sonrisa indefinible me susurró al oído: “¡Vámonos todos a bailar ante el Santo Señor de Chalma!” Una frase revela a un hombre: “el ateísmo —me dijo una vez André Breton—, es un acto de fe”. Las *ocurrencias* de Revueltas eran oblicuas confesiones.

Al final de mi nota apunto la verdadera significación de *El luto humano*: “Revueltas no ha escrito una novela pero ha hecho luz en sí mismo”. Hoy diría: esa obra fue un paso en su peregrinación, verdadero viacrucis, hacia la luz. Y aquí brota la pregunta central, a la que Revueltas se enfrentó con valentía desde su primer relato, *El quebranto*, y que nunca dejó de hacerse: ¿qué luz, la de aquí o la de allá? Tal vez aquí es allá, tal vez las revoluciones no son sino el camino que recorre el aquí hacia el allá. La actividad de Revueltas parece estar inspirada, secretamente, por esta idea. Fue militante revolucionario, novelista y autor de ensayos filosóficos y políticos. Como militante fue un disidente que hizo con idéntica pasión la crítica del capitalismo y la del “socialismo” burocrático; la misma dualidad se observa en sus novelas, cuentos y ensayos. Así, por una parte, hay una gran unidad entre su vida y su obra: es imposible separar al novelista del militante y a éste del autor de textos de crítica filosófica, estética y política; por la otra, esa unidad encierra una fractura, una escisión. Revueltas estuvo en continuo diálogo —o más exactamente: en permanente disputa— con sus ideas filosóficas y políticas. Su crítica a la ortodoxia comunista fue, simultáneamente, autocrítica. Su caso, claro, no es único; al contrario, es más y más corriente: la disidencia de los intelectuales marxistas es una de las expresiones, quizá la central, de la crisis universal de esa doctrina. Pero hay algo que distingue a las dudas y a las críticas de Revueltas de las otras: el tono, la pasión religiosa. Y hay más: las preguntas que una y otra vez se hizo Revueltas no tienen sentido ni pueden desplegarse sino dentro de una perspectiva religiosa. No la de cualquier religión sino precisamente la del cristianismo.

Para los occidentales la oposición entre ateísmo y religión es insalvable. No lo ha sido para otras civilizaciones: en su forma más estricta y pura, el budismo

1 No llegó a publicarse íntegra (sólo el primer capítulo: *Taller*, núm. 11, abril de 1939), pues Revueltas perdió el manuscrito.

es ateo: como todos los seres, sin excluir a los hombres y al Buda mismo, los dioses son burbujas, reflejos de la vacuidad. El budismo es una crítica radical de la realidad y de la condición humana: la verdadera realidad, *śūnyata*, es un estado indefinible en el que ser y no ser, lo real y lo irreal, cesan de ser opuestos y, al fundirse, se anulan. Así, la historia no es sino fantasmagoría, ilusión —como todo. De ahí también que la religiosidad budista sea esencialmente contemplativa. En cambio, para el cristianismo la encarnación de Jesús y su sacrificio son hechos a un tiempo sobrenaturales e históricos. La revelación divina no sólo se despliega en la historia sino que ella es el lugar de prueba de los cristianos: las almas se ganan y se pierden aquí, en este mundo. El marxista Revueltas asume con todas sus consecuencias la herencia cristiana: el peso de la historia de los hombres.

El nexo entre el cristianismo y el marxismo es la historia; uno y otro son doctrinas que se identifican con el proceso histórico. La condición de posibilidad del marxismo es la misma que la del cristianismo: la acción sobre este mundo. A su vez, la oposición entre el marxismo y el cristianismo se manifiesta aquí en la Tierra: para cumplirse y cumplir su tarea el hombre revolucionario tiene que desalojar a Dios de la historia. El primer acto revolucionario es la crítica del Cielo. La relación entre marxismo y cristianismo implica, simultáneamente, un vínculo y una ruptura. El budismo —en general todo el pensamiento de Oriente— ignora o desdeña a la historia. Al mismo tiempo, inmerso en la atmósfera de lo divino, rodeado de dioses, desconoce la noción de un Dios único y creador. El ateísmo oriental no es realmente ateo; en un sentido riguroso, sólo pueden ser ateos los judíos, los cristianos y los musulmanes: los creyentes en un Dios único y creador. Bloch dijo con mucha razón: “Sólo un verdadero cristiano puede ser un buen ateo; sólo un verdadero ateo puede ser un buen cristiano”.

El marxismo cristiano de Revueltas sólo es inteligible desde la doble perspectiva que acabo de esbozar. En primer lugar, la idea de la historia concebida como un proceso dotado de un sentido y una dirección; en segundo lugar, el ateísmo irreductible. Ahora bien, entre historia y ateísmo se abre una nueva oposición: si Dios desaparece, la historia deja de tener sentido. El ateísmo es trágico porque, según lo vio Nietzsche, es negación del sentido. Para Dostoievski, si no hay Dios todo está permitido, todo es posible; pero si todo es posible, nada lo es: la infinidad de posibilidades las anula y se resuelve en imposibilidad. Del mismo modo: la ausencia de Dios hace pensable todo; pero todo es igual a nada: el todo y la nada no son pensables. El ateísmo nos enfrenta a lo impensable y a lo imposible; por eso es aterrador y, literalmente, insoportable. También por eso hemos instalado en el hueco de Dios otras divinidades: la Razón, el Progreso. Estos principios bajan a la Tierra, encarnan y se convierten en los secretos actores de la historia. Son nuestros Cristos: la nación, el proletariado, la raza. En la novela de Revueltas el hombre antiguo se llama Adán, como nuestro padre, y el hombre nuevo, el Cristo colectivo, se llama Natividad. La historia del Hijo del Hombre comienza con el Nacimiento y culmina con el Sacrificio; la Revolución obedece a la misma lógica. Esa lógica es racional, “científica”: el materialismo histórico, y es sobrenatural: la trascendencia. Lo “científico” es explícito; lo sobrenatural, implícito. La trascendencia divina desaparece, pero, subrepticamente, a través de la acción revolucionaria, continúa operando. Pues, como decía el mismo Bloch, la Revolución es “trascender sin trascendencia”.

La enemistad entre marxismo y cristianismo no desaparece nunca del todo pero se atenúa si los términos cambian de posición. Para el cristianismo los hombres somos los hijos de Adán, el hijo de Dios. En el origen está Dios, que no sólo es el dador del sentido sino el creador de la vida. Dios está antes de la historia y al final de ella: es el comienzo y es el fin. Para un marxista cristiano como Bloch o Revueltas, Dios no puede estar antes; en verdad, Dios no existe: la realidad original y primordial es el hombre, mejor dicho, la sociedad humana. Sólo que el hombre histórico es apenas hombre; para realizarse, para ser hombre de veras, el hombre debe pasar por las pruebas de la historia, debe vencerla y transformar su fatalidad en libertad. La Revolución hace hombres a los hombres —y más que hombres: el porvenir del hombre es ser Dios. El cristianismo fue la humanización de un Dios; la Revolución promete la divinización de los hombres. Brusco cambio de posiciones: Dios no está an-

tes sino después, no es el creador de los hombres sino su creatura. Bloch cambia la frase bíblica y dice: “Yo soy el que seré”.²

Revueltas nunca formuló sus ideas con la claridad de Bloch pero el *temple* de sus escritos y de su vida corresponde a esta visión agónica y contradictoria del marxismo y del cristianismo. Por supuesto, él llegó a estas actitudes independientemente y por su propio camino. No fue la filosofía la que lo guió sino su experiencia personal. En primer lugar, la religión de su infancia; en seguida, su interés por la vida popular mexicana, toda ella impregnada de religiosidad; en fin, su temperamento filosófico y poético. Esto último fue decisivo: Revueltas se hizo preguntas filosóficas que el marxismo —como lo han reconocido, entre otros, Kolakowski y el mismo Bloch— no puede contestar, salvo con lugares comunes científicos. En realidad, esas preguntas sólo tienen respuestas metafísicas o religiosas. La metafísica, después de Hume y de Kant, nos está vedada a los modernos. Así, Revueltas acudió intuitiva y personalmente, en un movimiento de regreso a lo más antiguo de su ser, a las respuestas religiosas, mezcladas con las ideas y esperanzas milenaristas del movimiento revolucionario. Aunque le apasionó la filosofía, fue sobre todo un artista creador. Su temperamento religioso lo llevó al comunismo, que él vio como el camino del sacrificio y la comunión; ese mismo temperamento, inseparable del amor a la verdad y al bien, lo condujo al final de su vida a la crítica del “socialismo” burocrático y el clericalismo marxista.

El marxismo se ha convertido en una ideología y hoy opera como una seudoreligión. La transformación de una filosofía en ideología y de ésta en religión no es un fenómeno nuevo: lo mismo sucedió con el neoplatonismo y el gnosticismo. Tampoco es nueva la transformación de una religión en poder político y la del sacerdocio en burocracia clerical: el catolicismo ha conocido esas perversiones. La peculiaridad histórica del comunismo consiste en que no es realmente una religión sino una ideología que opera como si fuera una ciencia, la Ciencia; asimismo, no es una Iglesia sino un partido que no se parece a los otros partidos sino a las órdenes y cofradías militantes de los católicos y los mahometanos. Los partidos comunistas comienzan como pequeñas sectas pero apenas crecen se convierten en Iglesias cerradas. (Usó el plural porque en el movimiento comunista los cismas y las escisiones proliferan.) Cada Iglesia se cree poseedora de la verdad universal; esta pretensión no sería peligrosa si las burocracias que rigen a estos grupos no estuviesen movidas por una voluntad de dominación y proselitismo igualmente universales. Cada miembro de cada Iglesia es un misionero y cada misionero un inquisidor en potencia. La religiosidad de Revueltas estaba muy alejada de esos fanatismos ideológicos; sus verdaderas afinidades espirituales se encuentran del otro lado, cerca de los cristianos primitivos, los gnósticos del siglo IV o los rebeldes y revolucionarios protestantes de la Reforma. Dentro de la Iglesia católica habría sido un hereje como lo fue dentro de la ortodoxia comunista. Su marxismo no fue un sistema sino una pasión, no una fe sino una duda y, para emplear el vocabulario de Bloch, una esperanza.

Vivir consigo mismo no fue, para Revueltas, menos difícil que convivir con sus camaradas comunistas. Durante años trató de ser un militante disciplinado y cada tentativa culminó con ruptura y expulsión. La dialéctica hegeliana le sirvió para aplazar la ruptura definitiva; como tantos otros, se dijo que el mal es una artimaña de la historia para mejor cumplirse, que la negación es un momento del proceso que inevitablemente se transforma en afirmación, que los tiranos revolucionarios son tiranos para defender a la libertad y que —como lo probaron en el siglo XVII los teólogos españoles y en el XX lo han confirmado brillantemente el procurador Vishinski y los bolcheviques procesados en 1936 y 1938— los culpables son inocentes y los inocentes culpables. Enigmas de la voluntad divina o de la necesidad histórica. La justificación del mal comenzó con Platón; en sus retractaciones y abjuraciones, Revueltas no hizo sino seguir una tradición de más de dos mil años. Según el neoplatónico Proclo, la materia misma “es buena, a pesar de ser infinita, oscura e informe”. (Para los antiguos la infinitud era una imperfección pues carecía de forma.) Pero los recursos de la dia-

léctica se agotan mientras que el mal crece sin cesar. Al final Revueltas tuvo que afrontar la realidad del bolchevismo y su propia realidad. No resolvió este conflicto —¿quién lo ha resuelto?— pero tuvo el valor de formularlo y pensarlo. Vivió con lealtad su contradicción interior: su cristianismo ateo, su marxismo agónico. Muchos elogian la entereza con que padeció cárceles y estrecheces por sus ideas. Es verdad, pero hay que recordar, además, que Revueltas practicó otro heroísmo, no menos difícil y austero: el heroísmo intelectual.

Su obra es desigual. Algunas de sus páginas parecen, más que textos definitivos, borradores; otras son notables y le otorgan un sitio aparte y único en la literatura mexicana: *Los días terrenales*, *Los errores*, *El apando* y, sobre todo, los cuentos de *Dios en la Tierra* y *Dormir en tierra*, muchos de ellos admirables. Pero la excelencia literaria de estas obras, con ser de veras considerable, no explica enteramente la atracción que ejerce su figura. En nuestro mundo todo es relativo, el bien y el mal, el placer y la pena. Aunque la mayoría se contenta, unos cuantos se rebelan y, poseídos por un dios o por un demonio, piden todo. Son los sedientos y los hambrientos de absoluto. No se me pida que lo defina: el absoluto es por definición indefinible. Revueltas padeció esa hambre y esa sed; para saciarlas fue escritor y fue revolucionario. Si busco entre los mexicanos modernos un espíritu afín, tengo que ir al campo ideológico opuesto y a una generación anterior: José Vasconcelos. Como Revueltas, fue un temperamento pasional pero incapaz de someter su pasión a una disciplina, un escritor de corazonadas y adivinaciones, abundante y descuidado, a ratos torpe y otras luminoso. Para ambos la acción política y la aventura metafísica, la polémica histórica y la meditación fueron vasos comunicantes. Unieron la vida activa con la vida contemplativa o, mejor dicho, especulativa: en sus obras no hay realmente contemplación desinteresada —para mí la suprema sabiduría— sino meditación, reflexión y, en los momentos mejores, vuelo espiritual. La obra de Vasconcelos es más vasta y rica que la de Revueltas, no más honda e intensa. Pero lo que deseo destacar es que pertenecen a la misma familia anímica. Son lo contrario de Reyes, que hizo de la armonía un absoluto, y de Gorostiza, que adoró a la perfección con un amor tan exclusivo que prefirió callar a escribir algo indigno de ella.

A pesar de su parentesco espiritual, Vasconcelos y Revueltas caminaron por caminos opuestos. Nutrido en Plotino y creyente en su misión de filósofo coronado, Vasconcelos se sentía enviado de lo alto: por eso fue educador; Revueltas creía en los apóstoles rebeldes y se veía como un enviado del mundo de abajo: por eso fue un revolucionario. El espiritualista Vasconcelos jamás dudó; no lo tentó el diablo, espíritu de la negación y patrono de los filósofos: lo tentaron el mundo (el poder) y la carne (las mujeres). Vasconcelos confesó que había deseado a la mujer de su prójimo y que había fornicado con ella pero nunca aceptó que se hubiese equivocado. Los únicos pecados que confesó el materialista Revueltas fueron los del espíritu: dudas, negaciones, errores, mentiras piadosas. Al final se arrepintió e hizo la crítica de sus ideas y de los dogmas en que había creído. Vasconcelos no se arrepintió; exaltó la humildad cristiana sólo para mejor cubrir de invectivas a sus enemigos; Revueltas, en nombre de la filosofía marxista, emprendió un examen de conciencia que San Agustín y Pascal habrían apreciado y que me impresiona doblemente: por la honradez escrupulosa con que lo llevó a cabo y por la sutileza y profundidad de sus análisis. Vasconcelos terminó abrazado al clericalismo católico; Revueltas rompió con el clericalismo marxista. ¿Quién fue, de los dos, el verdadero cristiano?

México, D. F., 12 de abril de 1979 ◀

La primera de las notas se publicó en la revista Sur (Buenos Aires, julio de 1943) y se recogió más tarde, junto con la segunda, en Hombres en su siglo y otros ensayos (Seix Barral, Barcelona, 1984). Ambos textos están consignados, bajo nuestro sello, en las Obras Completas de Octavio Paz; en nuestra nueva edición les corresponde el volumen III: Dominio mexicano.

² Ernst Bloch, *L'Athéisme dans le christianisme*, Gallimard, París, 1978.